

Ezequiel Adamovsky: “Historia, divulgación y valoración del pasado: acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento”, revista *Nuevo Topo* (Argentina), no. 8, sept.-octubre 2011, pp. 91-106.

Historia, divulgación y valoración del pasado: Acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento

Ezequiel Adamovsky*

Me propongo analizar en este ensayo algunos prejuicios que afectan la comunicación de la producción historiográfica con el interés social por el pasado, dificultando un contacto más estrecho entre producción académica y divulgación.

Como han señalado varias voces, la historiografía argentina luego de su reorganización postdictatorial se construyó de espaldas a la pregunta por el interés social de la producción historiográfica. Dicho en otras palabras, censuró toda vinculación entre historia y política bajo la sospecha de falta de “profesionalismo”. Pero al mismo tiempo, establecía una relación no reconocida con una visión *política* del pasado en la que las tensiones sociales –especialmente las de clase– quedaban desdibujadas. Así, en las producciones dominantes desde los años ‘80 del siglo pasado, o bien se proponía un relato del pasado totalmente *desdramatizado*, o bien se presentaba una proliferación de fragmentos inconexos tras los cuales ni siquiera podía adivinarse algún sentido de conjunto. En sintonía con este desplazamiento, los años ‘80 y ‘90 presenciaron una desconexión casi total entre una producción académica cerrada sobre sí misma y un gran público al que se imaginaba carente de interés por la historia.

Las limitaciones de un modelo de trabajo historiador así diseñado comenzaron a hacerse evidentes a medida que la confianza en el “país normal” y en la democracia “sin adjetivos” propia de la coyuntura alfonsinista –que de manera larvada funcionaba como soporte ideológico del campo historiográfico– se fue haciendo añicos. Luego de la rebelión de 2001, por todas partes en la cultura argentina se hicieron notar nuevas preguntas sobre el pasado y la sospecha de que las visiones disponibles eran inadecuadas. Todavía es temprano para medir el impacto de esta nueva coyuntura en la producción historiográfica, pero algunos signos indican que se van abriendo camino miradas más antagonistas y mejor dispuestas a readmitir alguna clase de vínculo fructífero entre historia y política. Pero donde sí se hicieron ya notar cambios más evidentes es en la relación con el afuera. La aparición de divulgadores mediáticos que, sin pertenecer al campo, salieron a ofrecer visiones propias del pasado, con gran éxito de audiencia, terminó de confirmar que la sociedad sí demandaba sentidos a la historia y que los historiadores profesionales no estaban a la altura de esa demanda.

* UBA/UNSAM/CONICET e.adamovsky@gmail.com

Como fruto de esa constatación se perfilaron al menos dos actitudes. Algunos historiadores reivindicaron altivamente su derecho a no tener el más mínimo interés por conectarse con el gran público. Tulio Halperín Donghi lo expresó de manera clara en 2008, cuando dijo:

[U]na de las cosas que caracteriza al historiador es que tiene que darse cuenta de que, a pesar de que entra en el pasado a partir del presente, el pasado no es el presente. Eso es básico. Pero la opinión de la gente es que si el pasado no es el presente entonces no le interesa. A la gente no le interesa qué pasó con una montonera en Dolores en 1823. Y sobre eso no hay nada que hacer. No hay ninguna razón para que la gente compre libros de historia.¹

Quizás la mayoría de los historiadores comparta esta actitud, si no con declaraciones del estilo, al menos con la simple decisión de seguir escribiendo para un lector implícito que no excede el puñado de especialistas y el evaluador de proyectos financiados que caiga en suerte. Un segundo grupo de historiadores, sin embargo, acusó recibo del cambio de época y comenzó a animar en los últimos años una serie de iniciativas para alcanzar la producción profesional al público masivo, a través de colecciones de libros de divulgación, intervenciones en los medios e incluso producciones audiovisuales. Afortunadamente hoy ya no hay una desconexión *total* entre academia y público (aunque estamos todavía lejos de poder decir que la divulgación sea una práctica respetable y valorada entre los historiadores). La suerte de estas iniciativas recientes, sin embargo, fue dispar: salvo unos poquísimos casos moderadamente exitosos, en general no lograron generar gran impacto entre el público. Me propongo argumentar en este ensayo que parte del motivo de este modesto desempeño tiene que ver con una serie de prejuicios contra la divulgación arraigados en la corporación historiadora. Tomaré como ejemplo opiniones y textos de algunos colegas. No lo hago con vocación de abrir juicios sobre personas u obras, sino con el mayor respeto por iniciativas que celebro y que quisiera ver con mayor frecuencia y mejor efectividad.

Prejuicio uno: “La historia no es *maestra de la vida*”

Tomemos por ejemplo las opiniones de una historiadora en una entrevista reciente. La colega en cuestión es una de las principales animadoras del grupo “Los Historiadores y el Bicentenario”, que se propuso intervenir públicamente en el contexto del segundo centenario. Sin embargo, en la entrevista distingue la buena historia de los “usos del pasado que hacen los discursos políticos”. Estos se montan “sobre una trama de víctimas y victimarios, de buenos y malos”, algo que gusta al público –dice la colega– pero no a los historiadores. “En nuestras intervenciones, buscamos oponernos a la idea de que la historia es maestra de vida”, algo “que todos los historiadores coincidimos en rechazar”. A diferencia de lo que suponen los meros discursos políticos que apelan al pasado, “la historia no enseña nada”.² Concentrémonos en esta última afirmación. ¿Hay verdaderamente tal consenso entre los historiadores en que la famosa máxima *historia magistra vitae* de Cicerón debe archivarse en el baúl de los trastos viejos?

La desconfianza actual respecto del potencial docente de la historia procede de dos fuentes. Por un lado, está el giro cientificista que adoptó la disciplina desde fines del siglo XIX, una de cuyas consecuencias fue la pretensión de neutralidad valorativa que,

¹ “Una biografía es la historia sin sus problemas (entrevista)”, revista *Ñ*, 23/2/2008.

² Marcela Ternavasio en “Las políticas de la historia”, *Nuestra Cultura*, año 2, no. 4, mayo de 2010, pp. 12-15.

inevitablemente, impugnaba el *dictum* ciceroniano. De esa pretendida neutralidad me ocuparé en el próximo apartado, para concentrarme aquí en la segunda fuente de la impugnación, que es el argumento historicista según el cual no es lícito postular verdades generales que atraviesen momentos históricos diferentes. Ya que los valores, ideas y principios de una época son intransferibles e incomprensibles fuera de ella, carecería de sentido buscar lecciones para el presente en tiempos pasados. Leopold von Ranke lo expresó de manera clara en su *Historia de los pueblos romanos y germánicos* (1824), cuando afirmó que no se proponía “juzgar el pasado para beneficio de las generaciones futuras” sino apenas “mostrar el pasado tal como alguna vez fue”. Sin embargo, la mayoría de los que adoptan esta línea se apoyan en los argumentos más sofisticados de una autoridad más cercana: Reinhart Koselleck. En su monumental empresa de historia de los conceptos, el historiador alemán mostró que el período de aceleración que en occidente se extendió entre 1750 y 1850 (el famoso *Sattelzeit*) separó un mundo moderno de uno premoderno irremediamente *otro*, un territorio semánticamente extranjero al que sólo puede accederse mediante una paciente investigación del sentido de sus conceptos. Pero además, la irrupción de la modernidad significó la emergencia de una nueva temporalidad, orientada al cambio permanente y al futuro, para la cual la experiencia del pasado, por ende, ya no podía ofrecer una guía.³

¿Debemos concluir de esto que existe hoy consenso en que “la historia no enseña nada”? El propio Koselleck aclaró que su argumento sobre la pérdida de persuasividad de las enseñanzas de la historia por obra de la *Sattelzeit* no es normativo ni generalizable, sino descriptivo y acotado a ese contexto histórico:

[A] largo plazo es evidente que las propias estructuras de aceleración también pueden analizarse y es posible encontrar problemas comunes, similares o repetidos también en el siglo XIX, e incluso en el siglo XX. Si se analiza la estructura de aceleración de la historia, encontramos varios estratos temporales que corresponden a distintas experiencias. Todo esos niveles se mezclan e interfieren de diversas maneras y, por supuesto, es posible extraer enseñanzas del estudio de esa pluralidad de experiencias. Tal es en esencia mi teoría y mi respuesta a la crisis del tópico *historia magistra vitae*.⁴

Entre los filósofos que han reflexionado sobre la historia no sólo no existe tal consenso, sino que abundan las voces en sentido contrario. Jürgen Habermas, por ejemplo, resaltó la potencia didáctica que tuvo el estudio de la catástrofe histórica de Alemania a la hora de transformar una idea de ciudadanía basada en la postulación de una homogeneidad étnica –de consecuencias autoritarias conocidas– en otra postnacional, que se fundaría en el pluralismo.⁵ En otro registro, las relaciones siempre presentes entre la narración histórica y la vida recorren la filosofía de un referente más transitado por los historiadores como es Paul Ricœur. Ya en *Temps et Récit I* (1983) Ricœur presentó su hipótesis crucial según la cual existiría una correlación *mimética* entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana. La narración constituye la mediación privilegiada y necesaria entre el estadio de la experiencia práctica que la precede y que la sucede, en un círculo virtuoso que conduce de un tiempo prefigurado a otro refigurado por el acto narrativo. La configuración narrativa funciona, entonces, como una práctica significativa de la práctica, condición de

³ Véase “Historia magistra vitae”, capítulo 2 del libro de Reinhart Koselleck: *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 41-66.

⁴ “Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck”, *Revista de Libros* (Madrid), nº 112, abril 2006.

⁵ Jürgen Habermas: “¿Aprender de la historia?”, en *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 41-48.

posibilidad para nuevas prácticas.⁶ Por otra parte, la historia constituye una actividad vital por su función indispensable en la formación de las identidades colectivas. En su operación más característica, la historia permite conciliar permanencia de lo *mismo* con cambio fundamental, de una manera que incorpora lo *otro*, la alteridad, en el corazón de lo mismo. La narración histórica opera la incorporación y sedimentación de elementos ajenos en lo propio, permitiendo la conformación de una identidad que reconcilia concordancia y discordancia, es decir, una identidad definida en términos de su temporalidad. Para decirlo de otro modo, se trata de la permanencia de una *unidad* que recorre como tal un determinado período *a pesar y a causa* de los cambios históricos. De este modo, la historia ofrece, *como narración*, una galería de conexiones posibles para las acciones significativas y permite, *como relato del pasado*, la articulación de la identidad de los sujetos y de las comunidades.⁷

Entre los historiadores, el consenso supuesto en la entrevista mencionada tampoco es tal. En Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, existe todo un campo de lo que allí se dio en llamar “Public History” (historia pública) con amplia inserción en ámbitos universitarios desde los años ’70, una de cuyas premisas es la existencia del interés y de la posibilidad de aprender del pasado por parte del gran público. Idéntico posicionamiento se encontraba en los *History Workshops* tanto europeos como norteamericanos. Un grupo de historiadores de esta tradición, de hecho, se ocupó de registrar, mediante una amplia encuesta, la presencia de “usos populares del pasado” mucho más intensos de lo que suele suponerse e indispensables a la hora de construir las identidades personales y colectivas. Como conclusión de este hallazgo, en 1998 llamaron a establecer conexiones más estrechas y más horizontales entre la historia académica y la de uso masivo.⁸ Pero eso no es todo. Un historiador de la talla de Wolf Schäfer ha lanzado recientemente un llamamiento explícito a revalidar la idea de la *historia magistra vitae*, utilizando una argumentación epistemológica sugerente. Tomando ejemplos concretos de la producción reciente en historia global e historia ecológica, sostiene que, así como las ciencias “duras” pueden extraer enseñanzas de experimentos realizados intencionalmente, en aquellos campos en los que, por razones éticas o de factibilidad, éstos no pueden llevarse a cabo, es legítimo valerse de los “experimentos del mundo real” o “experimentos naturales”, de los que la historia humana provee información. De lo que se trata es de establecer los protocolos que permitan compararlos de manera consistente. La historia podría así ofrecer enseñanzas valiosas para el presente, por ejemplo, en relación con la conexión entre la intensidad en el uso de los recursos naturales de una sociedad y sus fases de crecimiento y decadencia.⁹

Pero ni siquiera es necesario irse tan lejos: quien esto escribe viene insistiendo desde 1997 sobre la necesidad de enfocar el trabajo historiográfico como una “actividad vital”, es decir, una disciplina en doble conexión con las demandas de sentido del presente y con los usos populares del pasado.¹⁰ La unanimidad en el rechazo a la

⁶ Paul Ricœur: *Soi-même comme un autre*, Paris, Éditions du Seuil, 1990, pp. 186-87.

⁷ *idem*, p. 193.

⁸ Roy Rosenzweig y David Thelen: *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*, New York, Columbia Univ. Press, 1998.

⁹ Wolf Schäfer: “Knowledge and Nature: History as the Teacher of Life Revisited”, *Nature and Culture*, vol. 2, no. 1, 2007, pp. 1-9.

¹⁰ Cf. Ezequiel Adamovsky: “La historia como actividad vital”, en *Historia y sentido: exploraciones en teoría historiográfica*, ed. por E. Adamovsky, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001, pp. 9-22; Colectivo Historia Vulgar: *En boca de todos: Apuntes para divulgar historia*, Buenos Aires, Ed. del Autor, 2008 (disp. en <http://interfacejournal.nuim.ie/wordpress/wp-content/uploads/2010/11/Interface-2-1-pp334-380-colectiva.pdf>)

historia magistra vitae que suponen algunos colegas sólo se funda en la omisión de todas estas voces. Pero además, desconoce un hecho crucial: basta con raspar apenas la superficie de la mayoría de las producciones historiográficas para que aparezcan las intenciones implícitas de encontrar enseñanzas para el presente. Se las ve en la propia entrevista en la que afirma que la historia “no enseña nada”. En efecto, quejándose de que la Argentina de hoy todavía no se ha dado una reflexión seria en torno del federalismo, la historiadora llama a aprender lecciones de 1810 que podrían servir incluso para rediscutir hoy el centralismo porteño y los términos de la coparticipación federal de los impuestos. El ejemplo no es de modo alguno único: buena parte la producción de los historiadores argentinos que se dedican a temas de historia política – la de Luis Alberto Romero, por dar un ejemplo– está orientada por el interés en demostrarle a sus conciudadanos *actuales* que la debilidad del principio liberal habitualmente llamado “pluralismo” es una de las causas de la inestabilidad y violencia que han caracterizado la historia nacional. La moraleja, el aprendizaje para el presente, es evidentemente que la democracia debe organizarse en torno de la defensa de ese principio.

Nuestros interrogantes del presente orientan las preguntas que lanzamos al pasado. Las respuestas que encontramos allí llevan la esperanza de dotarnos de claves para mejorar nuestra vida actual. No sólo no hay nada de malo en ello, sino que se trata del impulso básico que nutre la buena historia. En ese interés *práctico* por el pasado coincidimos (o deberíamos coincidir) tanto historiadores como el vecino de a pie. Una conexión más estrecha entre el historiador profesional y el gran público –con los recaudos que sean necesarios– no conspira contra la buena historia: por el contrario, la fortalece.

Prejuicio dos: “No hay buenos y malos en la historia”

Decía también la entrevista mencionada que quienes desean utilizar políticamente el pasado quieren una historia articulada “sobre una trama de víctimas y victimarios, de buenos y malos”, algo inaceptable para los historiadores. Otros colegas han utilizado idéntico argumento contra los divulgadores mediáticos.¹¹ El tópico se ha vuelto una especie de sentido común en el campo historiográfico: si hay “buenos y malos”, entonces se trata de mala historia.

Depende de cómo se lo entienda, este argumento puede o no ser un puro prejuicio. Evidentemente, una narración que reduce toda la explicación de los eventos a las intencionalidades de los actores, y éstas a sus atributos ético-morales, será una mala historia. La acusación de simplismo estará allí justificada. Un relato en el que haya víctimas siempre impolutas y victimarios siempre demoníacos, y en el que ambos sean presencias permanentes e inmutables, será una mala historia. La acusación de maniqueísmo o esencialismo será entonces justa. Pero ¿significa esto que no es lícito articular un relato histórico en una trama en la que se distingan víctimas y victimarios, o que reconozca atributos morales a los protagonistas, o que visualice tendencias históricas benéficas y perjudiciales para la sociedad de miras?

¹¹ Sábato y Lobato en “Falsos mitos y viejos héroes”, *Clarín*, 31/12/2005; Gelman en “La historia académica, al contraataque”, *La Nación*, 11/10/2007. Un interesante llamado reciente a la autocritica en este sentido: Juan Manuel Palacio: “Nuestra historia, cautiva de una ‘guerra de los relatos’”, *Clarín*, 21/4/2011.

Muchos historiadores suelen ponerse nerviosos cuando se introduce la dimensión de la valoración ética en la historia. Por dar un ejemplo, Adrian Ascolani, en su formidable estudio sobre los trabajadores rurales, se sintió forzado a escribir toda una justificación antes de atreverse a describir una práctica laboral como “inhumana”. En la década de 1920 era normal que un peón recibiera bolsas de 70 Kg. arrojadas desde una estiba de 4 metros durante horas. ¿Tiene derecho el historiador a calificar este trabajo de “inhumano”? ¿No está proyectando sus propios valores actuales? Ascolani finalmente decidió utilizar la palabreja (después de todo, 70 Kg. desde 4m destruye *objetivamente* el cuerpo de humanos de cualquier sociedad y época), pero no sin una evidente inquietud, como dudando todavía.¹² Los motivos para el rechazo de la valoración ética del pasado son similares a los que mencionamos para la noción de *historia magistra vitae*. Pesan también aquí el argumento historicista y la concepción de la historiografía como disciplina científica y, por ello, neutral desde el punto de vista valorativo. Marc Bloch, por ejemplo, fue uno de los que más enfáticamente impugnó los juicios éticos, comparándolos con el absurdo de un químico que pretendiera sostener que el oxígeno es un gas “bueno” y el cloro un gas “malvado”. Para Bloch, un historiador puesto a emitir juicios morales sobre los personajes históricos o sus acciones no hace sino transferir al pasado sus propias categorías éticas, impidiendo su comprensión cabal.¹³

Sin embargo, los debates epistemológicos de nuestra disciplina en general coinciden en que, lo quiera o no, el historiador *siempre* valora éticamente el pasado del que habla. Partiendo de marcos filosóficos totalmente diferentes, desde Isaiah Berlin hasta Hayden White han coincidido en este punto: el vocabulario mismo de la historiografía está saturado de los valores de nuestro discurso cotidiano. Con mayor o menor conciencia de estar haciéndolo, los historiadores escriben historias *con moraleja*. Ésta puede ser explícita o permanecer implícita, pero siempre está allí. Los argumentos que justifican esta afirmación son muy extensos y variados y no es el lugar aquí para reproducirlos. Me limitaré en cambio a mencionar algunos, tomando ejemplos de la producción local.

Existen campos enteros de investigación que parten de una agenda política de fuerte valoración ética. El que se ocupa de la última dictadura militar es poco más que un gran examen acerca de cómo la crueldad más extrema pudo producirse, difundirse y aplicarse y cómo fue experimentada por sus víctimas y por la sociedad. ¿Qué sentido tendría explicar el “silencio” social frente a la tortura si no se partiera del imperativo moral de denunciarla? La historia de género es otro ejemplo: su mismísimo surgimiento y la selección de sus cuestiones de investigación conllevan un juicio acerca de una situación oprobiosa (la opresión de la mujer) y una valoración positiva de todo aquello que apunta a su emancipación. En *Mujeres en la sociedad argentina*, por dar un ejemplo, Dora Barrancos elogia a Sarmiento por su visión moderna sobre el género femenino y no tiene problemas en declarar su admiración por las “mujeres insurrectas” de todos los tiempos, que hicieron “avanzar” la causa. Todo lo que la hizo “retroceder” es presentado de manera negativa. El progresivo aumento de las mujeres en las cátedras universitarias es bueno, pero la persistencia de un “techo de cristal” es malo. El momento de la votación en Diputados por la ley de sufragio femenino en 1932 fue “glorioso”, mientras que las posturas de quienes se opusieron fueron “reaccionarias”. En fin, en la historia de las mujeres sin dudas hay buenos y malos, víctimas y victimarios. Avances, retrocesos, techos, reacciones: todo el vocabulario está teñido de una

¹² Adrián Ascolani: *El sindicalismo rural en la Argentina*, Bernal, UNQ, 2009, p. 31.

¹³ Marc Bloch: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 2da. ed. rev., México, FCE, 2001, pp. 140-41.

valoración del pasado narrado y de sus actores desde el punto de vista de un sujeto (político) actual.¹⁴

Fuera de esos ejemplos más evidentes también abunda la valoración. Los historiadores analizan el pasado con sus propias presunciones acerca de cuál es la tendencia necesaria o conveniente de desarrollo social y ordenan determinados eventos y acciones de acuerdo a esa imaginación: algunos serán inevitables, otros contingentes, algunos trágicos, otros lamentables pero necesarios, algunos locales o situacionales, otros generales, algunos naturales, otros reactivos, etc. ¿Cómo podría Juan Suriano concluir que el anarquismo era “inviabile” si no lo considerara una “reacción” pasajera en un momento tumultuoso del proceso de “modernización” de la Argentina? La modernización, así vista, es el camino normal, la política anarquista una equivocación pasajera.¹⁵ ¿Cómo podría Mirta Lobato dejar planteado, a modo de advertencia, que los obreros de Berisso “fueron construyendo un lenguaje autoritario que buscó eliminar las disidencias, la confrontación y la competencia” si no creyera que existe otro lenguaje democrático pluralista que es *mejor* para las sociedades?¹⁶ Todas estas argumentaciones, naturalmente, involucran juicios éticos acerca del pasado que no emanan del pasado mismo sino de nuestro presente.

Incluso la historia cuantitativa con frecuencia involucra valores. Quizás podría considerarse libre de valoración una serie histórica de un mismo dato (digamos, la evolución del salario nominal). Pero tan pronto como se utilizan selecciones de datos o se construyen series compuestas, la valoración se filtra inevitablemente. Para mencionar un ejemplo local, la historiografía argentina del siglo XX en buena medida se apoya en el gran relato que establecieron Gino Germani y José Luis Romero alrededor de la noción de “modernización”. Las series demográficas que apuntan al engrosamiento de determinadas categorías ocupacionales consideradas *a priori* de clase media, permitieron a esta perspectiva postular que las reformas introducidas por las élites argentinas a partir de 1860 dieron como resultado una sociedad que, hacia 1920, era “más esencialmente igualitaria” que la anterior. El tránsito de la (mala) sociedad tradicional a la (buena) moderna también se habría manifestado en otros ámbitos, como el de la cultura política y los hábitos, alimentando una narrativa del pasado en la que el “progreso” es lineal y acumulativo. Sin embargo, como señalé en mi *Historia de la clase media argentina*, existen varios indicadores cuantitativos que apuntan en sentido contrario: la distribución del ingreso en el mismo período empeoró de manera drástica; la clase alta se volvió mucho menos permeable al ingreso de hombres nuevos; el peso del trabajo bajo dependencia de un patrón creció a expensas de las formas de trabajo independiente; etc. En lo que involucra la cultura también existen datos que apuntan a un cambio, al menos, más ambivalente: en ese período se instaló un pensamiento racista y notoriamente más enemigo del diferente que el que existía en tiempos previos; la violencia contra los pueblos originarios alcanzó picos desconocidos; hubo un incremento sospechosamente alto del aniquilamiento de trabajadores a manos del Estado en el período que va del Centenario a 1924, etc. En fin, por la narrativa de la “modernización” que domina la historiografía argentina terminamos agradeciendo a Mitre, Sarmiento o Roca, al conjunto de los estancieros como clase y a los emprendedores inmigrantes europeos que ellos trajeron, no sólo por el crecimiento económico y el (muy dudoso) mayor igualitarismo, sino también por la democracia, el

¹⁴ Dora Barrancos: *Mujeres en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 97, 107, 162.

¹⁵ Juan Suriano: *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 341.

¹⁶ Mirta Lobato: *La vida en las fábricas*, 2da ed., Buenos Aires, Prometeo, 2004, p. 319.

refinamiento de los hábitos y el florecimiento de la cultura en general. La contracara de esta valoración ética del pasado que sitúa a las élites y a los europeos como agentes del bien, es que se responsabilizó implícita o explícitamente a las clases más bajas y a los étnicamente criollos por el “atraso” y sus rémoras y recaídas de tiempos posteriores. Para superar las limitaciones de este esquema, propuse reemplazar el concepto de “modernización” –con su carga inequívocamente positiva– por el de “profundización del capitalismo”, que permite ver mejor las luces y sombras de ese período de profundo cambio social.¹⁷ Así y todo, mi trabajo ha recibido algunas críticas por parte de quienes defienden la noción de modernización, acusándome de estar planteando una valoración del pasado en la que hay “buenos y malos”... El caso de Sarmiento es paradigmático: en mi libro menciono que era profundamente racista y despreciaba de forma notable a los pobres, algo que puede documentarse ampliamente en sus textos. No abro sobre ello juicios explícitos (porque no hace falta): apenas lo menciono. Recibí varias protestas por este punto en particular. Por algún motivo suena a valoración ética hacer esos señalamientos pero, que yo sepa, no suelen perturbar a nadie los elogios a Sarmiento en *Una nación para el desierto argentino*, donde se los omite.

Un comentario aparte merece un tipo de valoración que no es propiamente ética sino *estética*, ya que no se expresa mediante categorías morales, sino a través de la construcción de sentidos de lo bello y lo feo. Su efecto de sentido puede ser tanto o más fuerte que el del vocabulario moral. Tomemos por ejemplo *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, un libro reciente que es fruto de una tesis dirigida y evaluada por algunos de los historiadores más reputados del país y fue publicado en la colección Historia y Política de Siglo Veintiuno, canal de lo más selecto de la historiografía local. Indudablemente, un fruto de la buena historia. Su autor, se muestra allí cautivado por su objeto de estudio, cuya historia describe como la epopeya de civilización y refinamiento de las costumbres de una clase que debió construirse a sí misma sin contar con un pasado aristocrático. La prosa del libro está recorrida por una elegancia que se mimetiza con la que la alta sociedad pretendía poseer: el autor utiliza las propias palabras de la élite para referirse a ella y para describir sus costumbres. La valoración estética se hace evidente desde el propio título: el período de miras es la “Belle époque”, que se inicia en 1880 y concluye hacia 1916 con el advenimiento de la “Argentina popular y de masas” (que evidentemente ya no fue tan *belle*). La estetización de las conductas de la clase alta mediante una cuidadosa elección de las palabras nos obsequia un párrafo como el siguiente:

La vida sexual licenciosa de los muchachos fueron comportamientos tolerados, convencionalmente aceptados como experiencias aceptadas para traspasar el umbral que mediaba entre la juventud y la adultez. A propósito, las sirvientas y empleadas domésticas podían llegar a cumplir un interesante papel docente para que los muchachos se fueran templando en este sentido.¹⁸

La cita comenta un documento de época que efectivamente refiere que “con frecuencia” los padres de familias acomodadas “confiaban a las sirvientas jóvenes la iniciación del muchacho”. La última línea es todo lo que el autor tiene para decir al respecto: el tema no vuelve a aparecer. De lo que estamos hablando en concreto es de una práctica que significaba con frecuencia ni más ni menos que la violación de las empleadas domésticas (que muchas veces eran “criadas” que ingresaban de niñas entregadas por sus madres y perdían toda contención externa, para no hablar de la carencia de todo

¹⁷ Ezequiel Adamovsky: *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

¹⁸ Leandro Losada: *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008, p. 135.

derecho) o como mínimo la utilización de un lugar de poder para obtener favores sexuales. Claro, alguien podría objetar que “violación” o “acoso sexual” son nociones que describirían una práctica así hoy, pero que son ajenas al universo moral de aquella época. Prefiero dejar pasar esta cuestión para detenerme en cambio en las palabras que el autor eligió utilizar: “un interesante papel docente”. ¿Habría sido “interesante” para las criadas de entonces iniciar sexualmente al hijo del patrón (y probablemente también satisfacer al patrón a menudo)? ¿Se sentirían gratificadas por ocupar un papel “docente” tan importante? Atravesar una situación tan interesante y gratificante, ¿les aliviaría la pena de ser dejadas en la calle al quedar embarazadas o de ocultar a todos durante años la identidad del padre de su hijo? Si en lugar de “interesante” el autor hubiera escrito “asqueroso”, el efecto sería obviamente otro, sin que cambiara en nada el hecho real del que se trata. Evidentemente, la elección poco feliz de las palabras está en sintonía con la voluntad de estetizar el mundo de la alta sociedad, de convertirlo en algo bello y, por ende, positivamente valorado. Que yo sepa, el trabajo fue bien recibido y no mereció impugnaciones por imponer al pasado su propia valoración estética.

Este breve recorrido impone la pregunta: si la valoración ética y estética del pasado es inevitable no importa cuán cuidadoso pretenda ser un historiador ¿qué hacer con esta constatación? La cuestión viene animando un extenso debate. De hecho, desde fines de la década de 1990 la cuestión de la valoración del pasado ha adquirido un lugar central en las discusiones epistemológicas. Un creciente grupo de historiadores viene defendiendo la posición de que no hay motivo para avergonzarse por ello ni para regodearse en un cinismo posmoderno: si los juicios éticos nos son indispensables como individuos para comprender el mundo en que vivimos, si nuestra realidad está habitada, entre otras cosas, por gente buena y mala, cruzada por tendencias que consideramos dañinas o benéficas, repleta de víctimas inocentes y victimarios que nos resultan culpables, salpicada de momentos que nos resultan bellos o repulsivos ¿por qué extraño motivo el mundo del pasado no habría de ser similar? Richard T. Vann propuso en 2004 incorporar “valoraciones fuertes”, sin complejos, como parte central de la labor historiadora. Otras voces se manifestaron en coincidencia en algunas de las revistas más reputadas del campo y George Cotkin llegó a hablar en 2008 de un verdadero “giro moral” en la disciplina.¹⁹ Quienes –como el que escribe– se sitúan en esta posición, opinan que no hay ninguna necesidad de caer en los riesgos que apunta la objeción historicista: una cosa es valorar éticamente el pasado desde nuestro punto de vista y otra muy diferente atribuirle a personajes históricos universos morales que no tenían. La objetividad no implica siempre y necesariamente la imparcialidad: es perfectamente posible analizar en términos objetivos el conglomerado de razones que orienta el cambio social en un sentido determinado o que lleva a una persona a actuar de tal o cual modo, y asignarle al mismo tiempo un valor ético o estético *para nosotros*. De hecho, si ello después de todo es inevitable, será más objetiva una narración que no busque hacerlo invisible tras el manto de la ideología. Una valoración ética y estética visible y consciente, al menos, tiene la virtud de dar menos lugar a la propia ingenuidad y de ofrecerse honestamente al juicio de otros colegas.

¹⁹ George Cotkin: “History’s Moral Turn”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 69, no. 2, 2008, pp. 293-315; Richard T. Vann: “Historians and Moral Evaluations”, *History & Theory*, vol. 43, no. 4, 2004, pp. 3-30.

Prejuicio tres: “Es más complejo... hay que matizar”

Un último prejuicio relativo a la divulgación al que quisiera referirme es el que traza una separación entre un registro que requiere explicaciones “simples” y la labor académica, que necesariamente presenta imágenes más “matizadas” o “complejas”. Comparto la crítica que se ha dirigido a ciertos divulgadores mediáticos que, bajo el pretexto del entretenimiento y la llegada al público masivo, terminan tergiversando totalmente el pasado. Allí la crítica no es por la excesiva simpleza, sino lisa y llanamente por falsificación. Pero dicho esto, no cabe duda de que la divulgación se realiza para públicos y en formatos que requieren a menudo simplificar los discursos y hacer a un lado algunos matices. El riesgo de que de simple se termine en “simplón” está siempre presente y el historiador puesto a divulgar debe estar consciente de ello. El problema es que, para algunos historiadores, pareciera que simple es siempre e inevitablemente simplón, y esto naturalmente es un prejuicio ¿Por dónde pasa el límite?

Respecto del estilo escritural o del discurso, la respuesta es más sencilla. Por motivos de tradición cultural, el campo académico en Argentina premia la utilización de un lenguaje barroco y rebuscado que deja afuera al lector no especializado (algo que no sucede, por ejemplo, en la tradición anglosajona). Tulio Halperín Donghi, su figura de mayor prestigio, es famoso por la complejidad de su prosa, que presenta incluso frases de dudosa gramática. No me detendré en este punto: es evidente que no existe ninguna necesidad de recurrir a un lenguaje intrincado para explicar un tema, por más complejo que sea. Que tendamos a admirar ese tipo de discurso refleja únicamente el hecho sociológico básico de que somos intelectuales y construimos jerarquías entre nosotros demostrando un manejo de las habilidades propias de nuestra actividad, más orientado a impresionar a los colegas que a explicar la realidad. El estilo simple debería ser tenido por una virtud, sea o no que un historiador se interese en divulgar sus hallazgos.

El tema de los matices y complejidades necesarios para describir el pasado es más complicado. Para que me aviniera a respetar la extensión máxima permitida, Roger Bartlett, director de mi tesis doctoral, solía decirme: “La historia del mundo se puede contar en cuarenta volúmenes tanto como en una tarjeta postal”. Algún tiempo después descubrí que tenía razón. Si fuera posible una descripción verdaderamente completa del pasado, con todos y cada uno de sus matices, resultaría completamente inútil, como esos mapas de tamaño real del cuento de Borges “Del rigor en la ciencia”. Toda explicación del pasado, sin importar su extensión, funciona recortando una problemática, jerarquizando la información, generalizando y, con ello, dejando aspectos afuera. La divulgación será “simplona” no por recortar matices, sino por hacerlo en mayor medida a lo que requiere el formato en el que interviene, o por elegir equivocadamente qué matices priorizar.

Tomemos por ejemplo el siguiente intercambio entre una historiadora y un economista en una entrevista publicada por un matutino porteño. El periodista inquiriere por los condicionamientos que impidieron que Argentina continuara con un buen ritmo de acumulación luego de la Primera Guerra Mundial, obteniendo las siguientes respuestas:

Mario Rapoport—Creo que son dos factores fundamentales, en primer lugar el problema de quién tiene el poder del recurso fundamental que es la tierra, que era una pequeña elite, y en segundo lugar quién tiene el poder político, que sigue siendo esa pequeña elite.

Hilda Sabato—No estoy de acuerdo. Creo que efectivamente hay una relación pero que es más complejo.

Rapoport—Todas las cosas son más complejas. Pero el problema fundamental es que la Argentina no puede pasar luego a una etapa diferente.²⁰

El tema terminó allí ¿Quién tenía razón? Si el asunto se dirimiera en una mesa redonda frente a un público de especialistas con horas para explayarse, tendría razón Sábato. Pero en el contexto de una entrevista para un diario, la razón la lleva Rapoport; la elección y jerarquización de temas que realizó era probablemente la mejor posible en el espacio dado. Todo *siempre* es más complejo. De hecho, la complejidad del mundo va de suyo: de lo que se trata es de brindar explicaciones que nos lo hagan comprensible. El economista fue allí mejor divulgador que la historiadora: si el lector se quedaba sólo con la conclusión de que la historia es compleja, poco le habría aportado la entrevista.

Pero hay más en el modo en que se aborda habitualmente el tema. Siguiendo la metáfora pictórica, “matizar” debería significar ir agregando gradaciones de un mismo color, de modo de hacer más sutil o real el objeto representado. El matiz no borra el objeto: lo realza. Sin embargo, lo del matiz suele esgrimirse entre historiadores como un modo sutil de censurar todo trazo y afirmación fuerte. Matizar es *diluir* hasta que no se reconozca otra cosa que múltiples complejidades entre las que no puede adivinarse un sentido más o menos unívoco. La censura, sin embargo, no se aplica a todos por igual. Tal como sucede con el tema de las valoraciones, se cuestiona por falta de “complejidad” especialmente a las visiones del pasado que intentan hacer visibles los antagonismos de clase fundamentales. Rara vez se echa de menos el “matiz” en las visiones que, en cambio, los mezquinan tras imágenes que exageran la concordia y la integración social. La preocupación por defender el imperio de la complejidad y del matiz sobre la historia con frecuencia funciona como una operación ideológica cuyo fin es o bien sostener una visión del pasado fragmentaria e inconexa, o bien una que apunte la manera liberal de conceptualizarlo. (Aunque justo es también decir que, en nuestro país, las lecturas antagonistas del pasado efectivamente han pecado muchas veces de “simplonas”, en el sentido en el que aquí hemos utilizado la expresión.)

Palabras finales

Para que la historiografía argentina consolide el tímido interés por la divulgación que viene manifestando en los últimos años es preciso que se libere de los prejuicios que intenté describir en este ensayo. Ninguno de ellos tiene apoyatura en consideraciones epistemológicas serias. Estudiamos la historia para obtener enseñanzas para nuestra vida y no hay motivo para avergonzarse de ello. No es cierto que “el pasado es un país extranjero”, como afirma la famosa frase de L. P. Hartley que los historiadores gustan de repetir. El pasado es un territorio que ciertamente ya no es el nuestro, pero que tampoco nos es del todo ajeno. Porque se trata de una tierra habitada por nuestros ancestros y porque ellos claman, desde las sombras de la historia, que no olvidemos sus padecimientos y que seamos capaces de ejercer esa “débil fuerza mesiánica” de la que hablaba Walter Benjamin, capaz de salvarlos de las garras de la clase dominante.²¹ No podemos entrar al pasado como a territorio extranjero porque nuestros muertos siguen corriendo el peligro de perder la vida. No se ingresa allí con las urgencias de la razón instrumental de un político, pero tampoco con las herramientas asépticas y el desapego

²⁰ “Volver a pensar un proyecto de Argentina”, *Clarín*, 8/7/2001.

²¹ Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, en *idem, La dialéctica en suspenso*, Santiago, Arcis/Lom, s./f., pp.47-68.

del científico. Al pasado se ingresa con la vocación de comprenderlo y valorarlo, desde esa rara sensibilidad que aspiramos a tener los historiadores de saber escuchar a los muertos sin proyectar sobre ellos nuestras propias voces. Para ser objetivas, nuestras historias no necesitan carecer de tensión dramática; no precisan pasar frente al sufrimiento, la humillación, el odio y la opresión, ni frente al amor, los éxitos, alegrías y liberaciones, como si todo les (nos) diera lo mismo. En la crisis de la historicidad que, como propone Frederic Jameson, caracteriza a la cultura posmoderna –en la que la lógica espacial desplaza a la temporalidad, y “el mundo pierde momentáneamente su profundidad” y amenaza con convertirse en “un flujo de imágenes filmicas carentes de densidad”–, de lo que se trata es de trazar “mapas cognitivos” que nos permitan “aprehender nuestra ubicación como sujetos individuales y colectivos y recobrar la capacidad para actuar y luchar que se encuentra neutralizada en la actualidad por nuestra confusión espacial y social”.²²

No pretendo, con esto, exigir que todos los historiadores se embarquen en un compromiso benjaminiano con los muertos. No me hago ilusiones de que a todos los historiadores les interese conectar con esta visión de la disciplina ni con los usos sociales del pasado. El avance implacable de la lógica académica ya reclama para sí, de manera irreversible, un espacio acaso mayoritario en el que la práctica se reproduce generando valor de cambio sin valor de uso. Pero liberándonos de los prejuicios, quienes así lo deseemos al menos podremos habilitar un espacio en el que podamos aspirar a ser historiadores en el sentido más tradicional del término –contadores de la Historia– sin tener que justificarnos ante miradas tan descalificadoras como ingenuas.

Resumen: Este ensayo se propone analizar algunos prejuicios que dificultan la relación entre producción académica y divulgación histórica. A través de ejemplos tomados de obras recientes de historiadores argentinos, se discuten la impugnación a la misión pedagógica de la historia (*historia magistra vitae*), la idea de la neutralidad valorativa y estética del trabajo del historiador, y el lugar y los usos de la “complejidad” y los “matices” en diversos registros de escritura.

Palabras-Clave: *historia magistra vitae*; historiografía; divulgación; ética

Abstract: This essay seeks to analyze some prejudices that hinder the relationship between academic and public history. Criticism against the pedagogic pretensions of history-writing (*historia magistra vitae*), the mandate of an ethical and aesthetical neutrality of historians, and the use of notions such as “complexity” and “nuance” in diverse types of histories are discussed through examples taken from recent works by Argentinean historians.

Keywords: *historia magistra vitae*; historiography; public history; ethics.

²² Frederic Jameson: *Ensayos sobre el Posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991, pp. 58 y 86.